

DOS CORRIENTES TEOLÓGICAS

“Capítulo 10” del libro de William G. Johnsson, The Fragmenting of Adventism (*La Fragmentación del Adventismo*), Boise, Idaho: Pacific Press, 1995.

Para algunos adventistas del séptimo día, 1957 es un año de decisivo cambio teológico. Ese fue el año en que se publicó el libro *Questions on Doctrine* [*Preguntas Sobre Doctrina*], como resultado de un extenso diálogo entre dirigentes adventistas y los evangélicos Donald Barnhouse y Walter Martin. Aquellos que critican el libro afirman que, en su deseo de que la denominación fuera aceptada más ampliamente, los adventistas concedieron demasiado en esas discusiones, especialmente con respecto a la doctrina de la naturaleza humana de Jesús (el libro argumenta que el Señor tomó la naturaleza no caída de Adán) y a la de la expiación (*Questions* ensalza al Calvario como un sacrificio expiatorio completo).

Questions on Doctrine tuvo amplia circulación, pero ya no existen ejemplares disponibles. Si bien es cierto que el libro nunca fue retirado ni repudiado, tampoco fue reimpresso. Un rasgo negativo de *Questions* fue su autoría anónima: nunca se dio a conocer los nombres de los dirigentes cuyo diálogo con Barnhouse y Martin proveyó el material básico para la obra. Así, la situación de *Questions* fue ambigua, ya que se trató de un libro no votado por ninguna junta de la iglesia y cuyos autores no estaban identificados explícitamente.

A pesar de que *Questions on Doctrine* divide a algunos adventistas hasta el día de hoy, la división real entre nosotros proviene de mucho antes. No es el año 1957 sino 1888 el que marca el inicio de dos corrientes teológicas distintas que corren una junto a la otra dentro de la iglesia hasta nuestros días.

Lo que discutimos aquí va más allá de las diferencias doctrinales que mencionamos en el capítulo anterior. El asunto es todavía más fundamental que discutir si Cristo tomó la naturaleza de Adán de antes o de después de la Caída, o acerca de los 144.000, o de alguna particular interpretación de las profecías. Se trata de algo más profundo aún que nuestras diferencias individuales de comprensión respecto a cómo funcionará el plan de salvación hasta que el Señor venga. Todos entendemos el evangelio desde la perspectiva de nuestra propia historia personal, de manera que inevitablemente algunos enfatizamos un aspecto y otros, un aspecto diferente.

Los asuntos discutidos en 1888 en Minneápolis, Minnesota, con ocasión de la sesión de la Asociación General, se focalizaron sobre una enseñanza bíblica medular: la obra de Cristo en favor nuestro y nuestra respuesta. Si bien los cristianos han luchado con este asunto desde el mismo comienzo, los adventistas se enfrentaron directamente con el problema recién en 1888. En aquel entonces estuvimos divididos en nuestras posiciones, con una disputa que a veces se tornó acalorada; todavía estamos divididos, y la disputa continúa. Lo que está involucrado es de tal magnitud, y lo que está en juego es tan importante, que la fragmentación es una posibilidad real. Aquellos grupos independientes que en la actualidad tienen más probabilidades de llegar a separarse de la iglesia tienen este tema teológico en el centro de su preocupación.

Se ha escrito tanto y se ha hablado tanto sobre 1888, se han presentado tantos puntos de vista diferentes, que, comprensiblemente, el promedio de los adventistas se siente confundido. Si 1888 es tan importante, ¿por qué se debate acerca de lo que realmente ocurrió en esa fecha?

Los hechos mismos son conocidos, por supuesto. La sesión se inició en una atmósfera de tensión con respecto a la interpretación de las profecías. El punto en discusión era uno que hoy consideramos increíble. En la visión de Daniel 7 referente a la bestia espantosa y terrible ¿eran los hunos o los alamanes los representados por uno de los cuernos? ¡Sí, ese era el tema en discusión antes de la sesión y para discutir ese tema se reunieron! En un bando había gente como Urías Smith, quien había escrito mucho sobre Daniel y Apocalipsis; en el otro bando estaban los jóvenes

predicadores J. H. Waggoner y A. T. Jones; la *Review & Herald* en la derecha y *Signs of the Times* en la izquierda.

Pronto, sin embargo, se enfrascaron en otros pensamientos. Durante la sesión Waggoner presentó una serie de estudios sobre el libro de Gálatas argumentando que "la ley" a la cual Pablo se refiere como un "ayo", no era sólo la ley ceremonial sino también la ley moral. Y eso echó la casa por tierra.

El saliente presidente de la Asociación General, George I. Butler no pudo asistir a las sesiones por problemas de salud, no obstante envió un telegrama a los delegados: "¡Manténganse junto a los hitos antiguos!" Todos sabían lo que quería decir: no escuchen a los principiantes Waggoner y Jones. Urías Smith se oponía fuertemente a las ideas de Waggoner, como también lo hacían los "peso pesados" casi unánimemente. Waggoner y Jones estaban aislados.

Pero no totalmente. Elena de White se puso de su lado, afirmando que el Señor estaba dando "una luz muy preciosa" por medio de los dos jóvenes pastores. Y ella también se encontró aislada. Sus mensajes fueron rechazados públicamente. Más tarde escribiría que ese fue el capítulo más doloroso de todo su largo ministerio.

Estos son, simplemente, los hechos: Disputa acerca del papel de la ley en la salvación, polarización, rechazo mayoritario al énfasis puesto por Waggoner y Jones, pero respaldo de Elena de White para ese énfasis.

Más allá de estos hechos, el cuadro se pone obscuro. ¿Por qué? En parte porque los mensajes que Waggoner presentó durante las sesiones no fueron registrados. Sencillamente no sabemos qué fue lo que dijo, excepto que incluyó a la ley moral en "la ley" que nos lleva *hasta* Cristo (pero no más allá).

En este *vacuum* las teorías proliferan. Sabemos lo que Waggoner y Jones escribieron y predicaron *después* de 1888, por lo cual algunos aseguran que eso es "la luz preciosa" a la que se refería la hermana White. El problema es que las ideas de Waggoner y Jones no permanecieron estáticas: ellas siguieron desarrollándose, y lo hicieron siguiendo líneas que eventualmente llegaron muy lejos. Y ambos predicadores finalmente dejaron la iglesia después de amargas disputas personales.

¿Entonces estamos en el aire, después de todo? No. Es verdad que no tenemos los sermones que Waggoner presentó en Minneápolis, pero ¡tenemos los mensajes que Elena de White presentó en las sesiones! También tenemos sus abundantes escritos de los años que siguieron inmediatamente, y en ellos hay un énfasis que suena fuerte y claro: justicia por fe en Jesús solamente.

Esa fue su preocupación en sermones y escritos. Ese fue su mensaje al escribir el clásico *Camino a Cristo* en 1892, para lo cual recurrió a un publicador no-adventista, Fleming Revell, a fin de dar una circulación más amplia a las buenas nuevas. Ese fue también su tema en *El Deseado de Todas las Gentes* que siguió pronto (1898) y en *Lecciones Prácticas del Gran Maestro* (1900).

Algunas de las declaraciones más claras y precisas sobre la suficiencia exclusiva de Cristo salieron de su pluma durante los últimos años de las décadas de 1880 y 1890. He aquí dos de mis favoritas:

“Cristo fue tratado como nosotros merecemos, a fin de que nosotros pudiéramos ser tratados como Él merece. Fue condenado por nuestros pecados, en los cuales no tenía parte, para que pudiésemos ser justificados por Su justicia, en la cual no teníamos parte. Él sufrió la muerte que era nuestra, para que pudiéramos recibir la vida que era Suya. "Por sus llagas somos sanados". (**DTG:25**).

“Para aquél que se contenta con recibir sin merecer, que siente que nunca puede compensar tal amor, que deja a un lado todas las dudas e incredulidades, y viene como un pequeñito a los pies de Jesús, todos los tesoros del amor infinito son un regalo gratuito y eterno (**8ML:186**).

Así, el año 1888 emerge como una divisoria de aguas en la historia adventista. No es que hubo entonces una comprensión totalmente nueva de la justificación por la fe, ni ocurrió algo único en la historia del Cristianismo, pero sí se afirmó sin ambigüedades que Jesús es nuestro único Salvador.

Ese énfasis fue nuevo para muchos en 1888. Nuestros pioneros eran grandes predicadores y defensores de la ley. Debido a su conocimiento de las Escrituras eran capaces de derrotar a sus oponentes tanto en foros públicos como por escrito; a los que predicaban el fin de la ley los dejaban liquidados. Basándose en la Biblia misma, entendían que su misión era restaurar la brecha producida en la ley y para ello proclamaban la vigencia perpetua del sábado.

Dios usó poderosamente a esos hombres y mujeres que amaban al Señor y se entregaron por completo a Su causa. Pero ellos tenían aun mucho que aprender: en su afán por defender la ley habían dejado a Cristo a un lado; tenían un evangelio que añadía las obras humanas a la plena suficiencia de Cristo.

Ahora bien, el evangelio siempre involucra el lado divino y el lado humano. Nuestra salvación llega a cooperar con Dios. Debido a este equilibrio entre Dios y la humanidad, es fácil distorsionar el evangelio y transformarlo en un evangelio falso.

Por ejemplo, podemos realzar el lado divino de tal manera, que negamos el lado humano. El desarrollo completo de esta idea desemboca en la enseñanza de que Dios determina quién será salvo y quién se perderá, o bien, que Él salvará a todo el mundo al fin de cuentas.

Por otra parte, podemos enfatizar el aspecto humano a tal punto que lo transformemos en el principal elemento del proceso de la salvación. De esta manera, la voluntad del hombre emerge como suficiente para obedecer por ella misma. O bien la enseñanza que dice, en la práctica, que dependemos de la gracia de Dios para *llegar a ser* cristianos, pero después de eso tenemos que conseguir nuestra salvación por nosotros mismos.

Los cristianos han tratado de mantener el equilibrio entre estos dos aspectos durante muchos siglos, así es que no asombra que la conferencia de Minneápolis causara tal revuelo. El problema específico allí tratado se refería al papel de la ley moral en la salvación, pero en el fondo se trataba del mismo antiguo asunto.

Desafortunadamente, el periódico general de la iglesia, la *Review and Herald*, jugó un papel negativo después de la sesión de 1888. Su editor Urías Smith, que se opuso con vehemencia a Waggoner y a Jones en Minneápolis, continuó su campaña por medio de las páginas del periódico de la iglesia.

En el número del 11 de Junio de 1889 de la *Review and Herald*, Smith escribió un editorial con el título de "Nuestra Justicia". Dicho editorial decía que "El único objetivo de la obra de Cristo por nosotros es traernos de vuelta a la ley", es decir "que la justicia [rectitud] de la ley se cumplía en nosotros mediante nuestra obediencia a ella, y que cuando finalmente seamos confrontados con la ley, que es la norma del juicio, podamos aparecer en absoluta armonía con ella. ... Por lo tanto hay una justicia [rectitud] que debemos poseer, la cual se consigue haciendo y enseñando lo que dicen los mandamientos".

Elena de White escribió una respuesta punzante el 14 de Junio. En ella decía: "Esta mañana leí su artículo en la *Review*". "Un noble personaje se puso junto a mí y dijo: 'Urías Smith ... está caminando como un ciego en dirección a la red preparada por el enemigo, pero no percibe el peligro porque la luz se está transformando en oscuridad para él y la oscuridad, en luz'". (Carta 55, 1889. Publicada en *The Ellen G. White 1888 Materials* [Washington, D.C.: The Ellen G. White Estate, 1987], 336).

En un sermón dado sólo cinco días después, la hermana White insistía: "El hombre debe ser vestido con la justicia [rectitud] de Cristo. Así puede, mediante la rectitud de Cristo, permanecer absuelto delante de Dios. ... Aquí está nuestra fortaleza, Cristo nuestra justicia [rectitud]. ... ¿No es ella suficiente para nosotros?" (Manuscrito 5, 1889).

No, no lo es. Nuestros egos, torcidos por el pecado, quieren tener *alguna* parte, algún mérito, algún crédito. Esa es la razón de por qué las buenas nuevas de Dios se corrompen o se pierden tan fácilmente.

Pero el evangelio--las buenas nuevas proclamadas por el Señor--dice: Conmigo tenéis todo lo que podríais necesitar. No hay necesidad de tratar de agregar algo a lo que yo he hecho--en realidad, *no podéis* agregar nada a lo que ya he hecho. Contentaos con recibir la salvación sin merecerla, como un don gratuito.

El asunto inmediato que dividió a los santos en 1888 ha desaparecido. En general, los adventistas aceptan hoy que la ley moral está incluida en la discusión presentada por Pablo en Gálatas 3. Pero el problema que estaba detrás del problema--es decir, el equilibrio entre el factor divino y el factor humano--todavía está muy firme entre nosotros.

Dos corrientes teológicas se derivan de Minneápolis. Una de ellas da prioridad al factor divino, en tanto que la otra la da al factor humano. Hoy en día la primera enfatiza la gracia y la otra enfatiza la victoria.

¿Es que no son *ambas*, la gracia y la victoria, importantes? Sin ninguna duda. Una y otra vez la Biblia enfatiza la sola gracia por medio de la sola fe. También nos llama una y otra vez a vivir victoriosamente en Jesús, recordándonos que el pecado no tendrá dominio sobre nosotros, porque no estamos bajo la ley sino bajo la gracia.

Entonces, ¿dónde está el punto focal--en la gracia o en la victoria? ¿En Dios o en nuestra respuesta a Dios?

Usted puede tomar a todos los teólogos y escritores adventistas desde 1888 hasta nuestros días, y muy claramente los nombres de la lista quedarán en un bando o en el otro (unos pocos nombres no están muy claros). Recuerde, yo *no* estoy sugiriendo que aquellos que dan prioridad a la gracia son blandos con el pecado, ni que aquellos que enfatizan la victoria son legalistas. En la larga lista usted puede encontrar a algunos pocos que parecen indiferentes con la conducta, o a otros que pueden ser legalistas, pero no es más que eso. El asunto no es la una *o* la otra--gracia *o* victoria--sino más bien ¿dónde debemos poner el énfasis?

Habiendo observado la lucha en mi propia experiencia así como en la de la iglesia, tengo convicciones firmes en cuanto a la repuesta que dan la Biblia y los escritos de Elena de White. "En el principio Dios ..." --Dios primero, último, y entre medio. Cristo el Alfa y también la Omega. Victoria, claro que sí, pero no primero--la gracia es primero, y luego la victoria: en una vida anonadada con el favor divino y repleta de amor y gratitud.

La gracia es extraordinaria, es totalmente diferente a nuestra experiencia del mundo. Muy pronto aprendemos que en el mundo recibimos lo que merecemos. Pero la gracia revierte el orden humano: el orden divino nos enseña que recibimos lo que *no* merecemos. Dios es un Amante y un Dador desenfrenado. Él le da la bienvenida en su reino a una multitud de desventurados indignos.

Usted escucha mucho acerca del evangelio, entre adventistas y otros cristianos. Pero el evangelio siempre produce controversia, tal como en los días de Jesús. El evangelio ofende, especialmente, a la gente "buena", a los "piadosos" que tienen mucho escrúpulo por las observancias religiosas, a los que secretamente --o no tan secretamente-- llevan la cuenta de sus "puntos buenos".

El evangelio ofendía a los escribas y a los fariseos. El evangelio ofendió a Smith, a Butler, y a la mayoría de "los hermanos" en Minneápolis. Y el evangelio continúa ofendiendo hoy. Nuestra tendencia es seguir inevitablemente el camino de los Gálatas--es decir, tratar de *agregar* algo a lo que hizo Cristo.

Creo que el Señor todavía está luchando con la iglesia Adventista del Séptimo Día. Creo que tiene un trabajo sin terminar desde 1888. Esta lucha explica muchas de las tensiones que existen en la iglesia de hoy--y levanta la posibilidad de fragmentación.

Los independientes radicales que hay entre nosotros--aquellos que están muy cerca de transformarse en grupos aparte porque se están apropiando de los diezmos, ordenando pastores, publicando su propia literatura, y haciendo contrapropaganda en los congresos--todos ellos pertenecen al bando que enfatiza la "victoria" y el factor "humano". (Debe tenerse presente que muchos otros que están en ese mismo bando no comparten la tendencia a la fragmentación sino que son miembros de la iglesia sólidos y leales). Para estos radicales, la "victoria" ha llegado a ser un componente clave de un *paquete teológico* que incluye la naturaleza "pecaminosa" de Jesús y la "demora" de la segunda venida. Cristo *tenía* que ser idéntico a nosotros, afirman, para que seamos victoriosos como Él lo fue, y mientras el pueblo de Dios no llegue a un estado de perfección impecable, Él no puede regresar.

Estos radicales podrían combinar fuerzas entre sí y separarse definitivamente de la iglesia, lo cual sin embargo parece poco probable; tienen la tendencia a poseer una mentalidad tan independiente que difícilmente los líderes de cada facción se unirían bajo una cabeza común.

Nuestras discusiones de este capítulo me llevan a una sugerencia final. ¿Por qué tantas iglesias adventistas son tan frías y poco acogedoras? ¿Por qué se ve tan poco celo por las almas? ¿Por qué la falta de gozo? ¿Por qué esa actitud de juzgar a otros? ¿Por qué la indiferencia hacia los extraños y hacia las visitas?

Tal vez porque las iglesias frías y los adventistas fríos no han experimentado la naturaleza increíble de la gracia. Aún no han tenido la experiencia de apreciar la salvación y toda la vida como un regalo.

Cuando era adolescente asistí a una escuela pública que era bastante exigente en sus requisitos de ingreso. Una vez aceptados, los estudiantes nos dábamos cuenta pronto de que lo académico era la prioridad número uno. En cada materia no sólo recibíamos una nota sino también una tabla de posiciones en el curso. Todos aparecíamos en la lista con nuestros puntajes: sabíamos con exactitud dónde estábamos en cada materia con relación a los otros alumnos, así como también nuestro lugar promedio en el curso. ¡Y qué decir de los asientos! ¡Los alumnos "top" del curso se sentaban en el rincón más alejado del profesor, los "porros" en el centro de la fila del frente!

Sí, me hice de algunos buenos amigos en esa escuela; pero eso fue posible *a pesar* del sistema y no por causa de él. El sistema fomentaba la competencia y las comparaciones, los sentimientos de superioridad o inferioridad, de éxito o de fracaso.

Allí no se conocía la gracia. Sólo las obras. No había motivación para ayudar a otro estudiante sino sólo para aventajarlo.

Pero cuando el mensaje de 1888 capture los corazones y las mentes de los adventistas del séptimo día, el mundo lo va a saber. ¡Es que la gracia nos libera para tratar a otros como Dios nos ha tratado a nosotros! Y una iglesia liberada del espíritu de competencia, dominada por la gracia de Dios, nunca se va a fragmentar.

Traducción: Dr. Carlos Enrique Espinosa Cifuentes.

El Doctor *Carlos Enrique Espinosa*, Ph. D., ha autorizado publicar sus comentarios semanales.

www.eme1888.cl; eme1888@gmail.com